

han de dirigirse todos los que con posterioridad á ésta inmigraron en este territorio para someterle todas sus cuestiones. Hay un punto en el cual los gobiernos fulbes aventajan á los demás gobiernos negros del Sudán y es el de la administración de la justicia, pues si bien la ejercen tomándola del Alcorán como aquéllos, saben, no obstante, practicarla mucho mejor.

Por lo que toca á la manera cómo se diferencian entre sí todas estas instituciones desde los puntos de vista de lugar y tiempo, debemos decir que todavía no ha sido hasta hoy destruído el hecho de que los fulbes sean los soberanos del Sudán occidental y que aun sigue llenando de admiración á los europeos la cohesión, á menudo calificada de muerta, que conservan estos Estados á pesar de los escasos cimientos materiales que poseen. El estado de Sokoto, que es el que dirige y domina á los demás, es más pequeño y cuenta con menos medios de poder que Adamaua, Segseg y Jakoba y en él los fulbes están en minoría como en éstos, excepción hecha de Adamaua, en donde son más numerosos pero profesan, en cambio, la idolatría. Rohlfs hablando de esto mismo dice: «todo el poder del reino pullo es verdaderamente religioso ó espiritual» pero con mucha más razón, quizás, podría recordarse la fuerza apática de la costumbre que hace que durante tanto tiempo sean obedecidas rigurosamente por sus príncipes tributarios las órdenes emanadas del príncipe de Sokoto, como sucede también en el reino de los kanuris, mientras una conmoción interior ó exterior no ponga al descubierto sus debilidades, lo cual podría muy bien suceder con rapidez inesperada. En efecto, desde un principio ha habido en estas fundaciones más fuerza y más convicción y dentro de las tendencias religiosas de los fulbes no fué la fuerza transitoria de la espada la única ni siquiera la principal en la formación de los Estados. Todo el mundo está con razón convencido de que los reinos creados por el solo poder de la espada, rápidamente decaen ó desaparecen: pues bien, los Estados fulbes perdieron, como los otros, su espíritu guerrero en medio de la tranquilidad de la paz y sin embargo de esto subsisten todavía en toda su integridad. Es en verdad sorprendente lo que dice Barth hablando de la capital fulbe Wuruno: «Casi en ninguna otra ciudad del Sudán encontré tan poco espíritu bélico como en Wuruno y esto que en ninguna parte es tan necesario como aquí el valor guerrero gracias á los peligros que de continuo amenazan. Es más; parece como que todos los principales caudillos abrigan el desconsolador convencimiento de que la soberanía de los fulbes en esta comarca corre precipitadamente hacia su fin. Como es natural, la falta de valor personal hace que todo esté perdido en estos territorios en donde no hay una disciplina militar que mantenga unidas á las masas y en caso necesario las lleve aun inconscientemente contra el enemigo.» Esto no obstante, Wuruno ha conservado hasta ahora su cohesión. El desarrollo económico que se eleva á medida que las aptitudes guerreras decaen ¿es quizás en estos países un factor con el cual hay que contar más aquí que en otros territorios? Los hombres trabajadores de Kano, Bidda, etc. saben apreciar mejor que los pueblos del Africa central los beneficios de la paz, siendo en estas regiones un factor importante para la conservación de los Estados la satisfacción que siente todo pueblo que tiene algo que perder. Los fulbes no son guerreros en el sentido que lo son los zulúes y los wagandas, y así lo indica en primer término la sencillez y la pobreza primitivas de su armamento en el cual no entran más que el arco y la flecha que aun en la actualidad constituyen las únicas armas de muchas de sus tribus. Los fundadores de Estados sintieron naturalmente muy pronto

la necesidad de poseer un poderoso ejército y por esto encontramos, á imitación de los ejércitos nubios y sudaneses centrales, grandes masas de caballería que así en Sokoto como en Bornú constituyen el grueso de las fuerzas militares: los jinetes llevan espada, lanza y escudo y los caballos van acorazados. La espada corta á modo de puñal de los africanos occidentales aparece cada vez más en uso aun fuera de los círculos militares revistiendo formas muy diferentes y elegantemente adornadas. Estos Estados carecen de una organización militar rígida que abarque á toda una población tal como la vemos en el Este de Africa y en ellos los hombres libres procuran sustraerse al servicio militar dando lugar con ello á que los ejércitos se compongan en su mayoría de esclavos, lo cual endulza la suerte de estos últimos y les da cierta importancia política y un derecho á ser mejor tratados, pero en cambio perjudica mucho á la buena dirección guerrera. Las mismas guerras del sultán Bello hicieron á Clapperton el efecto de «campanas deplorables, débiles y sin actividad.»

Barth estima el poder militar en 22 ó 23.000 soldados de caballería, y aun este número disminuía muchas veces á consecuencia de los disturbios que ocurrían en las provincias y que no permitían rebajar el contingente de sus guarniciones.

El resto de la administración del país consiste principalmente en la percepción de tributos y en la aplicación del derecho: á principios de 1850, durante el gobierno de la tercera generación de los sucesores de Othmán, la primera producía, al decir de Barth, en todas las provincias unos 100 millones de moluscos (65,000 thalers) y casi otro tanto en esclavos y algodón. Unos inspectores que residen en Sokoto han de vigilar el exacto pago del tributo y son de él responsables. Hasta en esto se demuestra la diferencia entre la organización jerárquica de los Estados fulbes libres con sus caudillos de aldea, imames y soberano (éste á la vez marabuto) y el despotismo de un reino fundado en la conquista como el de Sokoto en donde es general la costumbre de comprar los empleos, lo cual es causa de que el pueblo sea explotado por sus gobernadores y demás funcionarios y de que los Estados vasallos se vean arbitrariamente oprimidos. El tributo que Jakoba paga á Sokoto consiste en remesas anuales de esclavos, antimonio, sal y moluscos; pero además el soberano impone caprichosas contribuciones; así por ejemplo, cuando debe alguna cantidad á alguien ó quiere hacer á alguien algún presente, intima á sus tributarios que le paguen la suma necesaria. Entre las rentas del Estado figuran también los derechos de frontera que se satisfacen en géneros de los mismos que se introducen ó en moluscos: la importación de caballos ó bueyes de Bornú cuesta 20 moluscos por cabeza, la de ovejas y cabras 10, etc. El ganado y la sal son los principales artículos de importación, porque los fulbes han descuidado extraordinariamente la ganadería y porque la sal de las cenizas del árbol *runo* es muy inferior á la que se fabrica en el Norte de Bornú con la ceniza del *suak*.

Un buen modelo de un Estado fulbe nos lo ofrece el pequeño reino de Bautchi, cuya capital Garo n-Bautchi, es más conocido con el nombre de Jakoba que le dieron los árabes tomándolo del fundador de la misma (1), des-

(1) El nombre de Jakoba se aplica también á todo el país: también el de Sokoto fué en su origen el nombre de una ciudad; si se trasladaba á otro punto la residencia de la corte, se cambiaba también la denominación de todo el reino. Por lo demás los nombres de las ciudades lograron la categoría de nombres de países gracias á la mediación del soberano. Igualmente se aplica á un país el nombre del soberano: Rohlfs oyó constantemente aplicar al país de Kalam la denominación de Koringa en gracia al sultán Mohamed Koringa.

ciendo de una familia que en la cordillera Joli poseía uno de los más pequeños reinos negros de entre los muchos que, aunque mediatizados, subsisten todavía en la alta meseta. Desde muy joven se trasladó Jakoba á Sokoto en donde se convirtió al islamismo. A pesar de ser el menor de sus hermanos, supo apoderarse con auxilio del sultán de Sokoto de la soberanía del reino de su familia, y como había dado pruebas de gran celo en pro del islamismo, el sultán, ya entonces titulado príncipe de los creyentes, le dió en feudo todo el territorio de la meseta que se extendía al Sud de Kano hasta Benué, fundando entonces Jakoba la ciudad de Bautchi que, gracias á su excelente situación, á la libertad aduanera y á otros privilegios, floreció muy rápidamente y fué uno de los mercados favoritos de los ghadameses. Jakoba robusteció al propio tiempo su poder político, deshaciéndose de sus hermanos mayores que no profesaban el islamismo, sometiendo las pequeñas soberanías que alrededor de su reino existían y firmando con los fulbes todavía idólatras y con otros infieles, tratados en los cuales á cambio de su sumisión les aseguraba toda suerte de garantías contra la esclavitud, reservándose únicamente el derecho de hacer esclavos á los que se sublevaran ó cometieran otros delitos de lesa majestad. «Tenemos, pues, aquí, en el interior del Africa, un ejemplo de un *Habeas corpus* formal,» dice Rohlfs, lo cual es bastante decir; pero de todas maneras estos tratados son en extremo interesantes como prueba de un gran progreso en la vida política de los pueblos africanos. A pesar de todo, si bien con estos tratados se garantizaba la libertad personal de aquellas gentes, en cambio se imponía á éstas multitud de corbeas y de impuestos y como infieles se les sometía á grandes humillaciones que hicieron huir á muchos á la cordillera que se extiende entre Kano y Bautchi desde donde hostilizaron al reino joven sin por esto quebrantar su robustez. El mismo peligro de ser sojuzgado por Bornú, que bajo el gobierno del jeque el Kanemi habíase hecho muy poderoso, desapareció después de una batalla de resultado indeciso habiendo reconocido aquel reino formalmente á Jakoba, de suerte que al morir éste, después de un reinado de 40 años, dejó á su Estado en la categoría de una de las grandes potencias políticas del Sudán occidental.

Esta historia de desenvolvimiento es un ejemplo de la fuerza creadora de Estados de los indígenas de ese país, pero aun es doblemente interesante ver cómo el elemento indígena fué retrocediendo hasta llegar al último término dejando que Jakoba se fuese convirtiendo en un Estado fulbe, que al igual que Adamaua, Segseg, etc., acabó por ser tributario de Sokoto, naciendo de aquí entre los soberanos rojos y los súbditos negros el antagonismo que caracteriza á todos los reinos fulbes. En efecto, aunque la dinastía era indígena, su sumisión al soberano de Sokoto, sus relaciones y alianzas con los fulbes y el sistema de gobierno copiado de éstos y además mahometano, hicieron que su dominación fuera considerada como extranjera, es decir como fulbe. Apenas consolidado el nuevo reino de Jakoba, empezaron los fulbes á invadirlo y protegidos desde Sokoto se apoderaron de los mejores puestos. Durante el reinado del sucesor de Jakoba, el sultán Bautchi, á quien conocieron Vogel y Rohlfs, estallaron varias sublevaciones, la más peligrosa de las cuales, la de fines de 1860 que se hizo fuerte en el país montañoso que se extiende entre Segseg y Kano, estuvo dirigida por un mahometano, un *mallem* (doctor en las Escrituras) de Kano. Todo el patronato que los fulbes ejercen desde Sokoto y la protección mutua que se prestan no son obstáculos á la absorción dentro de la gran masa de los no fulbes, y aun

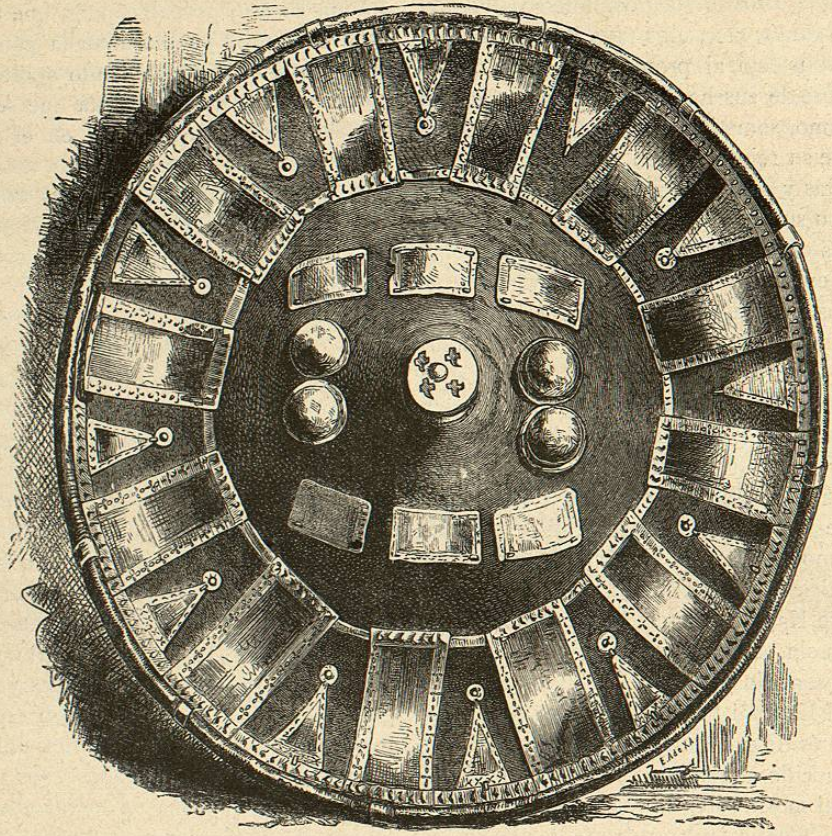
cuando hayan conservado aquéllos su idioma allí donde viven compactos y aun allí donde han llegado á ser negros gracias á las mezclas realizadas, lo han abandonado en medio de la inundación de la población haussa. A pesar del carácter fulbe del gobierno de Jakoba, el idioma predominante en esta corte es el haussa.

En su estado primitivo y puestos en condiciones que favorezcan la persistencia en los antiguos usos, los fulbes son pastores: en el alto Níger, en Gambia y en Adamaua son principalmente ganaderos y, según Denham, los de Bornú, Baghirmi y Darfur comparten las praderas con los árabes. Es muy probable, pues, que todos los fulbes fuesen en su origen un pueblo nómada ganadero como los wahu-mas y los gallas, no habiendo aprendido á cultivar las legumbres y los cereales hasta que se establecieron en sus actuales residencias, trabajo en el cual, como en tantos otros, no tardaron en dejar muy atrás á sus maestros. Los fulbes cultivan el trigo como los bornuanos y en sus territorios más meridionales dedicanse no sólo á la agricultura sino á criar algunos rebaños de bueyes, cría que desaparece por completo más hacia el Sud. En Adamaua se designa al ganado con un nombre fulbe. Este pueblo prepara excelente manteca pero no fabrica queso. En los lugares en que siguen siendo nómadas habitan en chozas redondas de ramujo, pero los más de ellos han adoptado el sistema de construcción más sólido de los negros. Las cabañas fulbes, como las haussas, consisten en paredes de arcilla y un techo en forma de colmena, siendo las primeras más resistentes que las de los kanuris contra las inclemencias del cielo. Sus cántaros, sus pucheros, sus esteras y demás utensilios demuestran la habilidad de sus fabricantes y la facilidad con que éstos sienten el colorido. Rohlfs vió entre los fulbes del Sud de Bornú esteras de la altura de un hombre, delicadamente tejidas y pintadas con exquisito gusto, por las cuales se pagaban 4 y 5000 moluscos ó un thaler teresiano. En todos estos objetos han depuesto su pobreza y su rudeza nómadas y los progresos que han hecho bajo la influencia de los haussas, mandingos etc., demuestran cuando menos la aptitud que tienen para aprender. Los adelantos que en el Sudán occidental se han realizado especialmente en la esfera económica, débense en parte á los fulbes, pues bajo su amparo florece esta vida industrial que en ninguna otra región del Africa interior encontramos tan desarrollada y casi podría creerse que además del islamismo llevaron al Sudán algunas habilidades de procedencia árabe, puesto que en algunas industrias son superiores á los negros sedentarios. Los bastos géneros de algodón de los países futas son muy conocidos y las tinturas de los fulbes de Kano gozan, según Barth, de gran fama en toda el Africa central: las curtidurías de Katsena están también en manos de los fulis y los herreros de Futa-Djallón fabrican excelentes productos, incluso llaves de fusil. En Bornú los fulbes no mahometanos son los mejores tejedores, tintoreros y curtidores. Finalmente este pueblo demuestra mucha habilidad en el comercio. La condición enigmática de ciertas industrias que constituyen una especie de castas es, tal como la explican, una prueba de lo que pueden en este pueblo la manufactura y sobre todo el trabajo.

Los *labes* (carpinteros de blanco), *mabes* (tejedores), y *gergassabes* (zapateros), *wailubes* (sastres) y *wambaides* (cantores) se nos presentan en algunas tribus fulbes del Norte completamente separados y unidos los individuos de cada industria por lazos iguales á los que constituyen las castas. H. Barth cree ver en estas agrupaciones restos de

pueblos antiguamente independientes que trocaron por los económicos los antiguos lazos étnicos. De los mencionados artesanos son despreciados los labes ó *laobes* que andan errantes como gitanos y á quienes la tradición hace descender de un hombre desleal condenado á errar continuamente por haber abandonado á sus hermanos que le habían sido confiados. Todos estos labes hablan fuli y trabajan siempre en madera. Los herreros gozan entre los fulbes de gran consideración. En la primera aldea fulbe que visitó Rohlfs viniendo de Bornú no encontró la hospitalidad de los kanuris, pero en cambio agradó el espíritu mercan-

til que hacía venir de todas partes los más variados géneros para ofrecerlos á los extranjeros por un módico precio. El gran desarrollo adquirido por el sistema monetario de las conchas, hoy sustituido en el Sudán central por el menos práctico de tiras de algodón, demuestra que en este país el pueblo vive una vida activa. El dinero, siquiera sea en forma de conchas, está generalizado y es conocido y estimado; allí se puede comprar, cosa imposible en otros países negros, y esto en realidad significa mucho, pues todo lo que facilita el cambio y el tráfico significa facilitación del comercio, del progreso y de la cultura. Los contadores exper-



Escudo abisinio. (Museo Municipal, Francfort en el Mein).

tos de conchas kauris figuran en el número de curiosidades características de las plazas comerciales del Sudán occidental. «Nada más interesante — dice Massari — que ver á uno de estos contadores de conchas en el ejercicio de sus funciones: sentado delante de un montón de estas monedas, coge de él un puñado de conchas y las cuenta con increíble rapidez de cinco en cinco, y casi me atrevería á afirmar que el más ágil pianista no toca en igualdad de tiempo tantas teclas como conchas estos contadores. Un buen contador cuenta en un día 250 ó 300.000 de estas pequeñas monedas. Las conchas son luego metidas en sacos de 50.000 cada uno con los cuales se hacen los grandes pagos y se comercia al por mayor.»

Barth estima en 300 cargas de camello importantes 60 millones de cauris la exportación de géneros de algodón pintados. «Esta ganancia — añade — se queda por entero en el país, pues en éste se producen el algodón y el añil, participando de ella toda la población.» La exportación total de tejidos se eleva, según el propio autor, á 300 millones de kauris. Más importante es la de artículos de cuero, como sandalias que los zapateros árabes confeccionan en Kano desde donde son exportadas hasta el mismo Norte de África, la de objetos de arcilla fabricados según los modelos

moros y la de pieles curtidas que se remiten hasta á Trípoli. Ya se comprenderá que figuran también en el comercio de exportación los esclavos y la nuez gura, que contribuyen á animar el mercado de Kano. Además pasa de tránsito por esta ciudad para Nyfe ó Nupe el natrón de Bornú en gran cantidad (en tiempo de Barth se elevaba á 20.000 libras anuales). La sal es artículo exclusivamente de importación. Si á todo esto añadimos que este país es uno de los más fértiles del mundo, que produce cereales no sólo para sus necesidades sino para la exportación, que posee las más abundantes praderas y que con 60.000 kauris anuales puede una familia vivir allí con muchas comodidades, habremos de confesar que en cuanto de sí mismo y de su población depende, es este territorio uno de los más afortunados de África. Los europeos que visitan á Kano hacen observar la salúfera influencia del hecho de que las industrias no se practican en grandes fábricas sino que cada familia aporta á ellas su concurso sin sacrificar su existencia privada.

Sería muy interesante saber qué circunstancias contribuyeron al gran desarrollo industrial y mercantil de Kano. Por lo que acerca de la antigüedad de ésta sabemos es indudable que este esplendor económico no data de muy

remota fecha. ¿Por qué, pues, mientras el reino de Sonhay se anticipó tanto al mismo reino de Katsena, sus habitantes hubieron de surtirse en Kano que sólo desde hace algunas décadas ocupa el puesto de este último? ¿Cuánto han cambiado las cosas! En tiempo de León Africano los katenanas y los kananas eran bárbaros semidesnudos y el mercado de Garho ó Gogo rebosaba oro y vida comercial; y hoy Kano es una ciudad inmensa de cuyas manufacturas se provee una gran parte del África incluso los habitantes de las ruinas de la capital de Sonhay. El florecimiento de la capital está íntimamente enlazado con el de su provincia, cuya población estima Barth en cerca de un millón de habitantes, cálculo que creemos aceptable. Los tributos pro-

ciudad con Kano, pues este mismo autor escribía en 1881 hablando de ella: «La población de Bidda es todavía más hábil y más aplicada que la de Kano: fabricanse en esa ciudad telas de algodón de primoroso tejido en tiras de 5 centímetros de ancho bien enteramente blancas, bien listadas de blanco y azul, bien á cuadros y también azules y blancas con una franja de seda encarnada en medio. Con muchas tiras de estas unidas se confeccionan tobes y calzones que hagan juego con ellas que se venden hasta en el lejano territorio de Abuchehr. El arte de trabajar el cobre ha adquirido allí un gran desarrollo. Celébranse en la ciudad muchos mercados, amén de los cuales recorren continuamente las calles lindas y vivarachas vendedoras que ofrecen al viandante toda suerte de baratijas.»

CAPITULO IX.

LOS BEREBERES (1).

El pueblo aborigen norte-africano — Restos prehistóricos. — Dólmenes. — Cavernas. — Noticias históricas. — Sedentarios y nómadas. — Los actuales bereberes. — Distintos tipos bereberes. — Los de cabellera rubia. — Los mestizos. — Bereberes y árabes. — Traje y armamento. — ¿Bereberes fundadores de ciudades? — Aldeas de las kábilas. — Agricultura, industria y comercio. — Condición de la mujer. — Vida política. — La Djemaa. — La independencia de las kábilas. — Religión. — Comparación entre los bereberes y los árabes.

La población del Norte de África pertenece hoy en lo esencial á dos grandes familias de pueblos que por el idioma que hablan se distinguen entre sí como semita la una y como hamita la otra. Los pueblos de esta última son los más antiguos y aun parece, por lo que del actual estado de la ciencia se desprende, que debemos considerarles como los primitivos habitantes históricos, es decir, como autóctonos. Hasta el año 680 después de J. C. aproximadamente, estuvieron en posesión del país excepción hecha de una estrecha faja de litoral ocupada por fenicios, griegos y romanos y de algunos puntos del interior que poseían los soldados romanos ó algunos emigrantes vándalos. A partir de entonces, la inmigración semítica (árabe) fué todavía exigua hasta el momento de la tercera invasión que envió á esas comarcas tribus enteras. Las descripciones que del África septentrional hacen los antiguos nos presentan en toda la costa del Mediterráneo un pueblo hablando un solo y mismo idioma al que los egipcios dieron el nombre genérico de *tehenus* (los blancos). Aquel idioma es el mismo



Negro mestizo del África oriental. (Visto de perfil).

ducían en tiempo del citado viajero de 90 á 100 millones de kauris, sin contar los presentes de valor que los ricos comerciantes hacen al gobernador y que se pueden considerar como una contribución.

La misma relación que guardan Kano y Katsena existe entre Bidda, emplazada cerca del Níger, y la ciudad de Rabba que se alza en las orillas de este río: ambas forman parte de la provincia de Nupe ó Nyfe. Cuando el comercio de esclavos florecía en las costas de Guinea, Rabba era la principal plaza mercantil y su población era, al decir de Landers, de 40.000 habitantes; al visitarla Rohlfs en 1867 quedaba reducida á 500 á consecuencia de una guerra; esta disminución venía realizándose desde mucho antes, puesto que los alrededores de la ciudad, en otro tiempo poblados de hermosas construcciones, aparecían yermos y sólo inútiles herbazales se extendían sobre los que un día fueron fértiles y productivos campos. Bidda, en cambio, es hoy la capital de Nupe: «ciudad de aspecto agradable y cercada de murallas, tiene si no igual perímetro casi la misma población que Kano; atraviésala un riachuelo á donde van á buscar agua las mujeres; espesas arboledas ocultan entre su follaje muchas casas con techos de paja» (Massari). También desde el punto de vista económico rivaliza esta

(1) La vaga denominación de *bárbaros* en el sentido de extranjeros, gentes de otro idioma y de otras costumbres se ha conservado más persistente que en otras tribus en las norte-africanas de los antiguos maxyos ó amazighes (los masates de Polibio), en el nombre de imochages que los tuaregs se dan á sí mismos. Este nombre, aunque en otra forma (*sabarbari*), lo encontramos aplicado á ellos por vez primera en Plinio, apareciendo localizado en la *Mauritania Tingitana*. Las denominaciones de bereberes, Estados berberiscos se han hecho corrientes entre nosotros; la razón que nos impulsa á usar aquí el de bereberes es que no existe en la actualidad nombre genérico alguno que designe á los chellahes, kábilas, krumires, siwanes y demás afines que su idioma comprende bajo la denominación de amazighes. E. Carette, en el tomo tercero de su *Exploration scientifique de l'Algérie*, pág. 13, ha consignado acerca del origen de ese nombre de pueblos una teoría tomada de la historia de la ocupación francesa de Argelia: durante los primeros años que siguieron al de 1830, los franceses denominaban *hadchutes* á todas las tribus que les oponían resistencia, aplicando de esta suerte á todas ellas el nombre de la primera que se había interpuesto en su camino. ¿Y no podría ser que, siguiendo igual procedimiento, los árabes, en cuyos historiadores hallamos por primera vez citados á los bereberes en el lugar de los libios, hubiesen ido extendiendo poco á poco á todo el pueblo el nombre de la tribu tenaz de la Mauritania Tingitana?